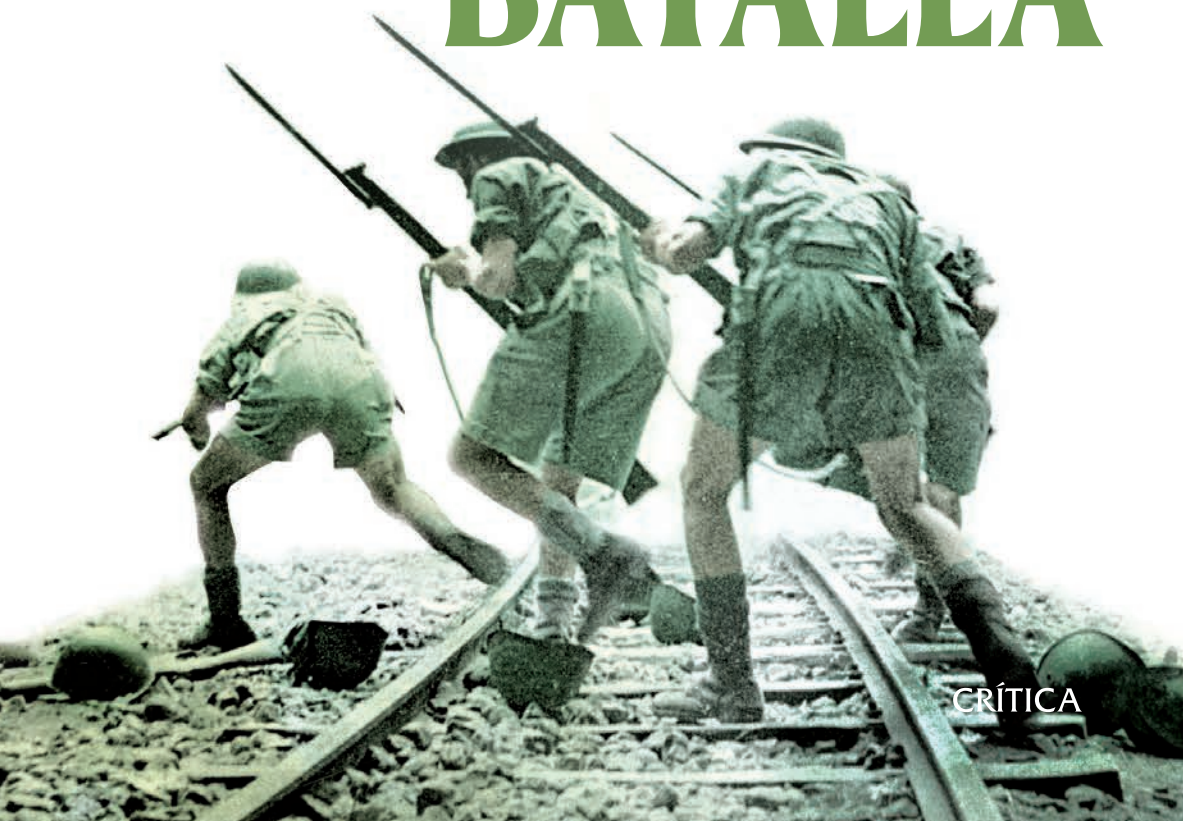


LA GUERRA EN SICILIA
Y EN ITALIA, 1943-1944

RICK ATKINSON

EL DÍA DE LA BATALLA



CRÍTICA

RICK ATKINSON

EL DÍA DE LA BATALLA

La guerra en Sicilia y en Italia, 1943-1944

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2008

Primera edición en esta nueva presentación: mayo de 2025

El día de la batalla. La guerra en Sicilia y en Italia, 1943-1944

Rick Atkinson

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Day of the Battle. The War in Sicily and Italy, 1943-1944*

© Rick Atkinson, 2007

Publicado por acuerdo con Henry Holt and Company, New York

Traducción: Teófilo de Lozoya, Juan Rabassada y Efrén del Valle, con la colaboración de Rosa Salleras, Juan Trujillo y Alejandra Chaparro, 2007

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-762-7

Depósito legal: B. 7.379-2025

Impresión y encuadernación: Liberdigital

Printed in Spain - Impreso en España



Al otro lado del Mediterráneo

OBLIGAR AL MUNDO A ENTRAR DE NUEVO EN RAZÓN

El sol picaba sobre la ciudad blanca y manchada, el sol de julio que escocía en los ojos y hacía que el mar pasara del color vino a una tonalidad plateada. Los soldados se hacinaban a la sombra de los toldos de los vendedores y se arrimaban al socaire de los edificios de alabastro que descendían hacia el puerto. El sudor oscurecía los cuellos y los puños, especialmente los de las tropas de combate que vestían gruesos uniformes de sarga espigada. Algunos se habían quitado la corbata, pero la llevaban doblada y plegada en el cinturón para poder ponérsela otra vez rápidamente. El general a su mando había sido visto por los muelles y todos sabían que George S. Patton, Jr., habría puesto una multa de veinticinco dólares a cualquier soldado que pillara sin casco o sin corbata.¹

Argel era un hervidero de soldados después de ocho meses de ocupación aliada: yanquis e ingleses, kiwis y gurrkhas, marineros rasos y oficiales de la Armada, y marinos mercantes que por la noche caminaban con las pistolas desenfundadas para mantener a raya a los bandidos que infestaban el puerto.² Las tropas paseaban por los bulevares y los zocos, silbando a las chicas asomadas a los balcones o hurgando entre los objetos expuestos en las tiendas en busca de algún souvenir definitivo. Los marineros, con camisas de algodón y gorras blancas,

se mezclaban con los franceses de origen senegalés tocados con feces rojos, y con los *boums* barbudos, con sus coletas trenzadas y albornoces de rayas. Los prisioneros alemanes cantaban *Erika* cuando marchaban en columna, debidamente vigilados, camino de los cargueros que debían trasladarlos a sus campos de concentración en el Nuevo Mundo. Los veteranos ingleses en traje de campaña respondían con una cancioncilla desvergonzada llamada *El Alamein*³ —«Tralalí, tralaló, y hasta allí el cabrón llegó»—, mientras que los norteamericanos cantaban a voz en grito «Dirty Gertie from Bizerte»,⁴ que, según se decía, había llegado a tener hasta doscientos versos, a cuál más procaz. «¡Arena en tus zapatos!»,⁵ se decían unos a otros —el equivalente norteafricano de «¡Buena suerte!», y poniendo cara de entendidos levantaban el dedo índice en forma de «I», aludiendo a la «invasión».⁶

Los tranvías eléctricos adelantaban con su peculiar estridencia a los carros de vino tirados por caballos, y a su vez eran adelantados por los jeeps que pasaban como una exhalación. El exceso de velocidad entre los conductores del ejército estaba tan generalizado que la Policía Militar embargaba los vehículos que contravenían la norma, aunque el general Eisenhower había decretado una amnistía general para los coches militares «que llevaran las insignias de un oficial superior».⁷ Los argelinos iban en su mayoría a pie o recurrían a la bicicleta, la carretilla y, según señala un testigo, «toda variedad imaginable de coches: calesas, faetones, calesines, carros, tílburis y landós».⁸ Los jóvenes franceses paseaban por las avenidas con sus sombreros de cinta estrecha y sus chaquetas raídas.⁹ Los niños árabes correteaban por las callejuelas luciendo unos pantalones hechos de petates robados, con dos agujeros para pasar las piernas, y el sello con el nombre y el número de su anterior propietario en el lomo.¹⁰ Mendigos harapientos con la cabeza velada llevaban túnicas fabricadas con colchas viejas del ejército, que también servían como sudario para los muertos. Las únicas mujeres de Argel que llevaban medias eran las prostitutas del bar del Hotel Aletti,¹¹ de las que se decía que eran las asalariadas más ricas de la ciudad, a pesar del bando prohibiendo la prostitución que habían publicado las autoridades militares en el mes de mayo.¹²

Por encima de todo ello, a primera hora de la tarde del 4 de julio de 1943, en la rue Michelet, en el barrio más elegante de la ciudad,

una banda militar francesa desfilaba al son nada familiar por aquellos contornos de *The Star-Spangled Banner*.¹³ Por detrás de los instrumentos de madera y de las tubas asomaban los arcos moriscos encalados y el tejado almenado del Hotel St. Georges, sede del Cuartel General de las Fuerzas Aliadas en el Norte de África. Las ramas de las palmeras sombreaban el patio, y el aroma de las buganvillas era transportado por la leve brisa.

El vicealmirante Henry Kent Hewitt permaneció en posición de firmes hasta que el himno llegó a su fin. Eisenhower, congelado también en posición de firmes a la derecha de Hewitt, había condenado todo tipo de celebraciones nacionales por considerarlas una distracción de la labor trascendental que se llevaban entre manos, pero los británicos habían insistido en honrar a sus primos de América con una breve ceremonia. Los últimos compases del himno se desvanecieron y comenzaron las salvas. Sobre las azoteas de la ciudad baja y la magnífica medialuna de la bahía de Argel, Hewitt vio una nubecilla gris levantarse del navío de S. M. *Maidstone*, y luego oyó la primera descarga. Nubecilla tras nubecilla, detonación tras detonación, retumbando en las colinas, el *Maidstone* disparaba cañonazos al mar desde más allá del rompeolas.

Diecinueve, veinte y veintiuno. Hewitt separó la mano de la frente, pero las descargas continuaban, y por el rabillo del ojo el almirante vio a Eisenhower con la mano derecha pegada todavía a la visera de su gorra color caqui.¹⁴ A diferencia de la Marina, con sus veintiuna salvas de honor como máximo, el ejército de tierra estadounidense disparaba el Día de la Independencia cuarenta y ocho cañonazos, uno por cada estado, protocolo que había observado la tripulación del *Maidstone*. Hewitt volvió a adoptar la posición de firmes hasta que cesaron los cañonazos, y tomó nota de otra diferencia entre las dos armas hermanas.

Una vez concluida la ceremonia, Hewitt atravesó precipitadamente el patio y el vestíbulo, con su pavimento de mosaico, y se metió en su despacho, en el mismo pasillo que la suite de Eisenhower, situada en la esquina. Todos los rincones del St. Georges estaban atestados de oficiales de plana mayor y del equipo de comunicaciones. Ocho meses antes, a punto de producirse la invasión del Norte de África, los

planes de los Aliados habían previsto que el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas o CGFA estuviera compuesto por un máximo de setecientos oficiales, cifra que un mando calificaba de «dos o tres veces exagerada». Ahora esa cifra se acercaba a los cuatro mil,¹⁵ entre los cuales había casi doscientos coroneles y generales; todo un batallón de auxiliares, funcionarios, cocineros y diversos ayudantes hacía que el total de los integrantes del CGFA ascendiera a doce mil personas.¹⁶ Los mensajes militares que entraban y salían de Argel a través de siete cables submarinos equivalían a dos terceras partes del total del tráfico de comunicaciones del Departamento de Guerra.¹⁷ Ningún mensaje sería más trascendental que la orden secreta dictada aquella mañana: «Póngase en marcha Operación Husky».¹⁸

Hewitt no había estado nunca tan atareado, ni siquiera antes de la Operación Antorcha, la invasión del Norte de África. Luego había estado al mando de la fuerza naval expedicionaria encargada de transportar desde Virginia hasta Marruecos a los treinta mil soldados de Patton, hazaña realizada con un éxito tan extraordinario —no se había perdido ni un solo hombre en aquella azarosa travesía— que Hewitt recibió su tercera estrella y el mando de la VIII Flota de la Marina estadounidense en el Mediterráneo. Después de cuatro meses en casa, había llegado a Argel el 15 de marzo y desde entonces cada minuto que había pasado despierto lo había dedicado a estudiar cómo depositar de nuevo a Patton y sus legiones en una playa enemiga.

Era un almirante de combate que no vestía el cargo, a pesar de la Cruz de la Marina que lucía en su uniforme blanco de verano, obtenida por su heroísmo como capitán de destructor durante la primera guerra mundial. A Hewitt el servicio naval le hacía engordar, o mejor dicho le hacía engordar todavía más, y durante su estancia en Argel intentó mantenerse en forma saliendo a montar a caballo cada mañana al alba con unos espahíes nativos, cuya prosapia ecuestre se remontaba a los otomanos del siglo XIV. A pesar de todos sus esfuerzos, su figura, según reconocía un observador, era la de un hombre «bien relleno».¹⁹ A sus cincuenta y seis años, el antiguo monaguillo y campanillero de Hackensack, New Jersey, seguía enorgulleciéndose de su capacidad de tocar con las campanillas el himno religioso *Softly Now the Light of the Day*.²⁰ Le encantaban los dobles acrósticos y su

regla de cálculo Keuffel & Esser Log Log Trig, un mecanismo desarrollado en la Academia Naval durante los años treinta, época en la que había ocupado una cátedra del departamento de matemáticas de este centro.²¹ Entre sus virtudes, que sólo pasaban desapercibidas a los menos atentos, estaban una excelente memoria, una gran predisposición a tomar decisiones y una singular capacidad para aguantar a George Patton. *The Saturday Evening Post* decía de Hewitt que era «el tipo de hombre que tiene un perro, pero el que ladra es él»;²² de hecho, ni siquiera gruñía. Era comedido y reservado, buen conversador, aunque poco elegante, y un poquito ostentoso. Le gustaban las fiestas, y en Argel organizó un grupo de baile de la Marina llamado Los Cinco del Bebedero. Estableció también un comedor para los pobres con las sobras de los barcos de la Armada;²³ él fue el primero en estrenarlo. Poseía otras dos cualidades que le venían muy bien al país: tenía suerte y un excepcional sentido de la orientación, que en el puente de mando de un navío se traducían en unas dotes magníficas para la navegación. Kent Hewitt sabía siempre dónde estaba.

Mandó llamar su coche oficial —uno de los vehículos que gozaban del privilegio de no poder ser embargados— y se trasladó del St. Georges al puerto a través de la maraña de callejuelas que conducían hasta él. En todos los muelles que rodeaban la gran media luna de la bahía, los barcos estaban atracados de dos o tres en fondo: mercancías y fragatas, petroleros y transportadores, dragaminas y lanchas de desembarco. Otros estaban anclados más allá de las redes submarinas del puerto, protegidos por aviones de patrulla y destructores que recorrían la costa.²⁴ La Marina de Estados Unidos tenía treinta y tres combinaciones de camuflaje, desde la «falsa ola de proa pintada» hasta el «sistema degradado con manchas», y daba la sensación de que la mayoría de ellos estaban representados en el animado atracadero de Argel.²⁵ En todas las cubiertas había un verdadero enjambre de estibadores; los brazos de las grúas iban desde la dársena a la bodega y volvían de nuevo a la dársena; las grandes grúas izaban sin parar plataformas de carga desde los muelles hasta las embarcaciones.²⁶ En todos los navíos se habían tomado precauciones contra el peligro de incendio;²⁷ se habían retirado las sillas de madera, las cortinas, el exceso de películas cinematográficas, incluso las imágenes de los mamparos; los trapos y las mantas se-

guían en tierra o bien estaban debidamente almacenados; los marineros —que después de zarpar llevarían camisetas de manga larga como protección frente a las quemaduras producidas por las radiaciones— habían rascado la pintura y arrancado el linóleo de todos los sollados.

El buque insignia de Hewitt, el navío de transporte y ataque *Monrovia*, se hallaba atracado en la parte de babor del amarradero 39, en el Mole de Passageurs del Bassin des Vieux. Decenas de policías militares habían subido a bordo para incrementar la seguridad, haciendo que la nave estuviera desesperadamente atestada de gente.²⁸ En muchos barcos había de diez a veinte oficiales por camarote, y las literas de los reclutas llegaban a tener cuatro pisos, pero el *Monrovia* estaba más abarrotado de gente que la mayoría.²⁹ Entre la plana mayor de Hewitt, la de Patton, y su propia tripulación, en el navío iban en aquellos momentos mil cuatrocientos hombres, más del doble de los que llevaba normalmente.³⁰ Debía transportar además, en una de esas redes de estiba que estaban siendo cargadas en la bodega, doscientos mil cartuchos de explosivos de alta potencia y ciento treinta y cuatro toneladas de gasolina.³¹

El almirante se apeó del coche y cruzó la pasarela, siendo recibido por un silbido del contraemaestre y una serie inacabable de saludos formales. Los pasillos del *Monrovia* parecían oscuros y tristes a quien entraba en ellos procedente del brillante sol de África. Abajo, en la abarrotada sala de operaciones, los oficiales de plana mayor estudiaban atentamente el *Manual de Operaciones Navales Husky*, un tomo de diez centímetros de grosor. Veinte mecanógrafas necesitaron siete días enteros para copiar la versión definitiva, de la cual fueron distribuidas ochocientas copias a los mandos de todo el Norte de África a modo de anteproyecto de la campaña que se avecinaba.³²

Hewitt se acordaba de su padre, un fornido ingeniero mecánico, que se ejercitaba haciendo flexiones con las piernas y sujetando entre los pies una pesa de cincuenta kilos.³³ A veces el *Manual de Operaciones Navales Husky* le recordaba a aquella pesa. En la operación no había nada sencillo excepto el concepto básico: dentro de seis días, el 10 de julio, dos ejércitos —uno norteamericano y otro británico— desembarcarían en la costa del sudeste de Sicilia, reclamando para la causa aliada el primer territorio significativo de Europa desde que

diera comienzo la guerra. Se calculaba que defendían la isla unos trescientos mil soldados del Eje, entre ellos un par de divisiones alemanas bastante capacitadas, y muchas otras que acechaban en la vecina península Italiana.

Más de tres mil buques y navíos grandes y pequeños de los Aliados³⁴ se habían concentrado para la invasión, procedentes de un extremo a otro del Mediterráneo, «la flota más gigantesca de la historia universal», como observaba Hewitt.³⁵ La mitad aproximadamente iría a sus órdenes y zarparía de seis puertos de Argelia y Tunicia; el resto zarparía de Libia y Egipto al mando de los británicos, excepto una división canadiense que vendría directamente de Gran Bretaña. En el curso de la invasión desembarcarían ochenta mil soldados del VII Ejército de Patton, y más o menos el mismo número de tropas del VIII Ejército británico, junto con algunas legiones más que posteriormente vendrían a reforzar a ambos ejércitos.

Siguiendo la compleja coreografía náutica necesaria, varios convoyes habían empezado ya a zarpar: estaba previsto que la vasta expedición se encontrara en alta mar, cerca de Malta, el 9 de julio. El intento preliminar de conquista de la pequeña isla fortificada de Pantelleria, a sesenta millas al sudoeste de Sicilia, se había concluido con éxito admirable:³⁶ tras un incesante bombardeo aéreo de tres semanas de duración, la estupefacta guarnición de once mil soldados italianos se había rendido el 11 de junio, poniendo en manos de los Aliados un buen aeródromo y la ilusión de que incluso las defensas más sólidas podían ser reducidas desde el aire.

En uno de los mamparos de la sala de operaciones se había desplegado un mapa del Mediterráneo. Hewitt era el mayor experto en operaciones anfibias de la Marina estadounidense, con una invasión a sus espaldas y otra a punto de comenzar; y antes de que finalizara la guerra vendrían otras tres.³⁷ El almirante admitía ya que una norma inviolable en todos los asaltos desde mar abierto era que las fuerzas que debían desembarcar siempre excedían a los medios encargados de transportarlas, aun contando con una armada tan enorme como aquélla. Por experiencia sabía también que siempre quedaban fuera de control dos variables: la fuerza del enemigo encargada de defender la ribera hostil y los caprichos del propio mar.³⁸

En Husky, no sólo iba a tener que desembarcar tres veces más soldados que en la Operación Antorcha, sino que además iba al mando de una flotilla de barcos que iban a ver el combate por vez primera: nueve variaciones nuevas de lanchas de desembarco y cinco tipos nuevos de buque de desembarco, incluido el prometedor LST, abreviatura de «landing ship, tank (buques de desembarco, tanques)», pero que según los marineros significaba «large slow target (objetivo grande y lento)». Algunos capitanes y algunas tripulaciones no habían estado nunca en el mar,³⁹ y se sabía poco acerca de la navegabilidad de las nuevas embarcaciones, de la mejor manera de vararlas, qué calado iban a tener con varios cargamentos distintos, o incluso cuántas tropas y cuántos vehículos cabían dentro de ellas.⁴⁰

Se había aprendido mucho de los accidentados, por no decir caóticos preparativos de la Operación Antorcha. Por otra parte, muchas otras cosas habían sido olvidadas, habían sido mal empleadas, o se habían extraviado. La confusión existente en el Norte de África durante las últimas semanas no parecía mucho menor que la que había reinado en Hampton Roads ocho meses antes. El año anterior se habían publicado siete directivas distintas relativas a la forma en que debían ser clasificados los cargamentos procedentes de ultramar; la confusión resultante llevó a la creación de la consabida comisión, que dio lugar a la publicación de otra directiva llamada Plan Schenectady,⁴¹ que a su vez dio lugar a unas clasificaciones por código de colores que debían pintarse en los contenedores, lo que en definitiva dio lugar a más confusión todavía. Cinco semanas después de que se dispusiera una alerta secreta llamada Preparativos para el Movimiento por Mar, el ejército descubrió que algunas unidades fundamentales para la realización de la Operación Husky no habían recibido nunca la orden, y por lo tanto no habían hecho planes sobre cómo debían cargar sus tropas, sus vehículos y sus armas en los convoyes.⁴² Los planes de carga iniciales del VII Ejército también se habían olvidado de hacer sitio a las fuerzas aéreas,⁴³ cuyo equipo equivalía a una tercera parte del total de los requisitos de tonelaje del ejército de tierra. Cada unidad pretendía que se le diera más espacio; cada unidad pretendía que se le diera prioridad; y cada unidad se quejaba de la falta de sensibilidad de la Marina.⁴⁴

Pese al riesgo de los ataques aéreos alemanes, las luces del puerto estaban encendidas durante toda la noche, mientras que los jefes de estiba, irritadísimos, recibían más y más cambios que suponían descargar un nuevo mercancías o reorganizar la carga de otro LST.⁴⁵ Los oficiales de transporte tenían que hacer frente a pequeños descuidos —la Marina había embarcado hornos de pan, pero no bandejas para pan—⁴⁶ y a grandes meteduras de pata, como cuando los de pertrechos enviaron equivocadamente al Mediterráneo el venenoso gas mostaza. Cuando la plana mayor de Patton reconoció ese error en concreto, el 8 de junio, las bombas de gas tóxico habían sido cargadas ya junto con otra munición de artillería; ahora estaban —nadie sabía exactamente dónde— en las bodegas de uno o varios de los buques destinados a Sicilia.⁴⁷

El secreto era importantísimo. Hewitt dudaba que tres mil embarcaciones pudieran llegar a Sicilia sin que nadie se diera cuenta, pero el éxito de la Operación Husky residía en la sorpresa. Todos los documentos que desvelaban el destino de la operación llevaban un sello con la palabra clave BIGOT («Fanático»), que aludía a su carácter de documentación clasificada, y los centinelas del cuartel general de la planificación de Husky en Argel decidían si un visitante estaba debidamente acreditado o no preguntándole si estaba «fanatizado (bigoted)» o no. («A menudo he sido partidista», contestó en una ocasión un oficial de la Marina desconcertado por la pregunta, «pero nunca he pensado que tuviera una mentalidad cerrada».)⁴⁸

Soldados y marineros, como de costumbre, estaban completamente a oscuras y se hallaban sometidos a severas restricciones a la hora de escribir a su casa. Una sátira de las normas de censura leída ante la tripulación de un barco incluía la regla número 4: «No podéis decir dónde estáis, adónde vais, qué habéis estado haciendo, ni qué esperáis hacer», y la número 8: «No podéis ni debéis ser curiosos». Según la regla número 2, los hombres podían «decir que habéis nacido, siempre y cuando no digáis dónde ni por qué». Y la regla número 9 aconsejaba: «Podéis mencionar el hecho de que no os importaría ver a alguna chica».⁴⁹

Un aviadador intentó cumplir todos los requisitos diciendo en una carta: «Hace tres días estuvimos en X. Ahora estamos en Y». Pero

quien mejor captó el sentimiento predominante fue un soldado que escribió en su diario: «Sabemos que vamos a un sitio donde va a haber lío». ⁵⁰

Más de medio millón de soldados norteamericanos ocupaban en aquellos momentos el Norte de África. Constituían sólo una fracción de todos los que lucían cualquiera de los uniformes de Estados Unidos en todo el mundo, pero por su identidad y por su credo representaban perfectamente lo que era aquella enorme fuerza. ⁵¹ Un teniente de la Marina enumeró las ocupaciones que tenían en la vida civil los mil quinientos soldados y marineros que iban a bordo de su barco a Sicilia: «granjeros y licenciados ... abogados, repartidores de cerveza, obreros de fábricas, diseñadores de herramientas, tapiceros, operarios de acerías, mecánicos de avión, guardabosques, periodistas, alguaciles, cocineros y sopladores de vidrio». ⁵² Uno había dicho incluso que su oficio era «reparador de molinos de tracción animal».

Menos de uno de cada cinco eran combatientes veteranos procedentes de las cuatro divisiones norteamericanas que llevaban largo tiempo combatiendo en Tunicia: la 1.^a, la 9.^a y la 34.^a División de Infantería, y la 1.^a División Acorazada, todas las cuales fueron destinadas a Sicilia o, después, a la Italia continental. «El soldado de primera línea que conocí», escribía el corresponsal Ernie Pyle, que recorrió a pie con ellos toda Tunicia, «había vivido durante meses como un animal y era un veterano en el feroz mundo de la muerte». ⁵³ En su vida todo era anormal e inestable».

En las siete semanas transcurridas desde que acabó lo de Tunicia, aquellas tropas de combate habían intentado recuperarse al tiempo que se preparaban para una nueva campaña. «La cuestión de la disciplina ha resultado muy difícil», advertía a George Marshall el comandante en jefe de la 1.^a División Acorazada. ⁵⁴ «Hay cierta ilegalidad ... y cierta dosis de desinterés por las consecuencias de sus actos cuando los hombres están a punto de volver». En la 34.^a División, «los hombres no tenían buen aspecto y parecían indiferentes», señalaba un general de división que la visitó el 15 de junio. Entre otras indignidades, había mil hombres que no tenían calzoncillos y otros quinientos

sólo tenían un par. «Se sienten muy disgustados», añadía.⁵⁵ Mil trescientos soldados de la 34.^a División acababan de ser trasladados a unidades destinadas directamente a Sicilia, lo que dio lugar a «incidentes de automutilación y desertión».⁵⁶ Un capitán de la 1.^a División escribía a su familia diciendo: «Demasiada autocompasión; es algo de lo que todos debemos guardarnos».⁵⁷

Incluso entre los combatientes veteranos, eran pocos los que se consideraban soldados profesionales tanto por la instrucción recibida como por su temperamento. Samuel Hynes, piloto de caza que luego llegó a ser catedrático de universidad, dice que lo que predominaba era «la sensación de ser civiles, y la conciencia militar era una especie de impostura».⁵⁸ Eran jóvenes, desde luego —la media de edad eran los veintiséis años—, y todos tenían en común la sensación de que «nuestra juventud había llegado por fin a un sitio en el que gustarla», en palabras de un piloto de bombardero, John Muirhead.⁵⁹

Habían sido metidos en lo que Hynes llamaba «nuestra guerra más democrática, la única guerra americana en la que realmente funcionó un reclutamiento general [y a la que] fueron a luchar hombres de todas las clases sociales». Incluso los círculos más elitistas del país fueron echados en una misma cazuela igualitaria, el Ejército de Estados Unidos: de los 683 graduados de la universidad de Princeton de la promoción de 1942, el 84 por 100 vestía uniforme, y entre los que servían como soldados rasos había tanto estudiantes de primero como de último curso. Durante la guerra perderían la vida veinticinco compañeros de clase, diecinueve de los cuales murieron en combate. «En este mundo se había parado todo menos la guerra», escribía Pyle, «y todos éramos hombres de una nueva profesión en una noche extraña».⁶⁰

¿Y qué pensaban esos soldados de la noche extraña? «Muchos no tienen una idea clara de qué es por lo que están luchando», concluía una encuesta sobre la moral reinante en el verano de 1943, «y no saben cuál es su papel en la guerra».⁶¹ Otra encuesta demostraba que más de un tercio no había oído hablar nunca de las Cuatro Libertades de Roosevelt, y apenas uno de cada diez soldados sabía enumerar las cuatro.⁶² En una carta secreta a sus superiores del mes de julio de ese mismo año, Eisenhower lamentaba que «menos de la mitad del per-

sonal de tropa preguntado creían que eran más útiles al país como soldados que como trabajadores de guerra», y menos de un tercio se sentían «listos y deseosos de entrar en combate».⁶³ La respuesta mayoritaria en el concurso sobre quién sabía responder a la pregunta «¿Por qué estás luchando?» era: «Porque fui llamado a filas».⁶⁴

Esa sensación generalizada de «ser civiles» hacía que los soldados fueran reacios al ardor guerrero. «No éramos románticos llenos de tonterías de cuentos de capa y espada», escribía John Mason Brown, un teniente de la Marina en la reserva destinado a Sicilia. «La última guerra estaba demasiado reciente para eso.» La vida militar inflamaba las sensibilidades irónicas y el escepticismo de todos ellos. Un acrónimo sencillo que captaba perfectamente las escasas expectativas de los soldados, SNTJ, esto es «situación normal, todos jodidos», fue ampliándose en el vocabulario cínico de los reclutas y pasó a: SSCTJ («Situación sin cambios; seguimos jodidos»);⁶⁵ JAR («Jodienda autorregulable»); LCERJ («La cosa está realmente jodida»); JMDLH («Jodidos más de lo habitual»); JCEM («Jodienda conjunta del Ejército y la Marina»); JCAA («Jodienda conjunta angloamericana»); JYBJ («Jodidos y bien jodidos»); y JPETP («Jodidos por encima de toda ponderación».⁶⁶

Sin embargo, tenían convicciones personales que eran prácticas y profundas. «Estábamos dispuestos a realizar cualquier sacrificio. Era lo único que teníamos que hacer», explicaba el teniente Brown. «Separarnos de nuestras familias formaba parte del cariño que les teníamos». El pintor de batallas George Biddle observaba: «Quieren ganar la guerra para volver a casa, a casa, a casa, y no irse nunca más».⁶⁷ Un soldado de la 88.^a División añadía: «Tenemos que dar una paliza a esos cabrones para irnos del Ejército».⁶⁸

Las mismas encuestas que tanto preocupaban a Eisenhower revelaban que la inmensa mayoría de los soldados creían al menos de manera rudimentaria que luchaban para «garantizar las libertades democráticas a todos los pueblos».⁶⁹ Un periodista que se trasladó a Sicilia con la 45.^a División llegaba a la siguiente conclusión: «Muchos de los hombres que van en este barco creen que la operación determinará si esta guerra acabará en empate o si se llegará a un resultado claro».⁷⁰ Y nadie dudaba que, llegado el día de la batalla, lucharían a

muerte por la causa más importante: el amor propio. «Lo hicimos porque no podíamos soportar la vergüenza de ser menos que el hombre que teníamos al lado», escribe John Muirhead. «Luchábamos porque él luchaba; y moríamos porque él moría». ⁷¹

La posteridad los confundiría a todos en un solo semidiós sin rasgos concretos, poseedor de un valor y una fortaleza mítica, y animado por la determinación de reequilibrar un mundo vacilante. Keith Douglas, un oficial británico que había combatido en el Norte de África y moriría en Normandía, hablaba de una «amable y obsoleta raza de héroes ... Casi como unicornios». ⁷² Sin embargo, no supone ningún mérito para ellos recordar la enorme diversidad de sus procedencias y caracteres, que tenían pies de barro, o su carácter mortal que los haría tanto más convincentes mucho después de que murieran.

El capitán George H. Revelle, Jr., de la 3.ª División de Infantería, en una carta a su esposa escrita camino de Sicilia, reconocía la existencia de muchos «gorrones, gandules, esa gente que se cree que somos unos primos de los que abusan los fabricantes de municiones, y todo ese batiburrillo de intelectuales que ven la guerra con cinismo». En cierta medida, escribía el 7 de julio, él estaba «luchando por el derecho de aquella gente a ser hipócritas». ⁷³

Pero había además otra razón más general, mezclada con una nobleza melancólica. «La gente sencilla», decía Revelle a su esposa, «debemos resolver esta catástrofe con una matanza y obligar al mundo a entrar de nuevo en razón».

A lo largo de toda la franja sur del Mediterráneo se dispusieron para la batalla los chicos de campo y los chicos de ciudad, los guardabosques y los trabajadores de las acerías, y por lo menos uno que se dedicaba a reparar molinos de tracción animal. Gran parte de la participación norteamericana estaba concentrada en Orán, a unos trescientos kilómetros de Argel, en la antigua Costa de los Piratas, donde los carteles publicitarios colocados sobre el gran puerto anunciaban Coca-Cola y máquinas de coser Singer. Dos de las cinco divisiones del ejército de Estados Unidos que participarían en el asalto Husky se reunieron en Orán. La 2.ª División Acorazada había empezado a car-

gar el 21 de junio, tras viajar setecientos cincuenta kilómetros en tren por toda la cordillera del Atlas desde sus vivacs de Marruecos, donde los enjambres de langostas ocultaban la luz del sol y la instrucción comenzaba a las cuatro de la madrugada, para evitar el calor del mediodía: la temperatura podía llegar a los sesenta grados en el interior de un tanque.⁷⁴ En todo el Norte de África sólo había cien camiones lo bastante pesados para transportar un Sherman M-4 de treinta y dos toneladas, y el viaje de la división había durado un mes;⁷⁵ el errático sistema ferroviario de las colonias francesas irritó tanto a un capitán, que obligó al maquinista a seguir adelante a punta de pistola.⁷⁶

Entre las unidades que participaron en la Operación Husky, la 45.^a División de Infantería, formada por veintiún mil soldados en diecinueve embarcaciones, más cuarenta y seis mil toneladas de equipamientos —entre ellos cuatro millones de mapas— en otras dieciocho, constituyó un caso único porque se trasladó directamente de Hampton Roads hasta Sicilia, con una escala de una semana en Orán. El embarque en Virginia, que tuvo lugar el 8 de junio, estuvo lleno de los habituales SNTJ, LCERJ y JCEM: una solicitud frenética de última hora al Departamento de Guerra pidiendo detectores de minas;⁷⁷ la diáspora de un batallón de ingenieros repartidos por los diecinueve buques de tropas;⁷⁸ y la constatación pasmosa de que la tripulación de las lanchas de desembarco, perteneciente al ejército, con la cual había estado entrenándose la división durante semanas en la bahía de Chesapeake, había recibido de pronto la orden de trasladarse al Pacífico, para ser sustituida por una tripulación de la Marina, no habituada ni a la 45.^a División ni a las lanchas que debía tripular.⁷⁹ Además, cuando la decimonovena embarcación soltó amarras, el número de ausentes sin permiso era tan grande que una cárcel militar fue apodada Compañía P (de presidario).⁸⁰ No obstante, la travesía fue bastante agradable: chicas de la Cruz Roja repartiendo té helado en vasos de papel;⁸¹ peleas de boxeo en la cubierta de sol durante la «Happy Hour»;⁸² los mozos de comedor bailando en la toldilla mientras los segundos pañoleros marcaban el ritmo golpeando con las manos en la borda; y siestecitas en los botes salvavidas colgados del pescante. En un barco, un oficial ponía música clásica a través del sistema general de altavoces; cuando oyó a la contralto Marian Anderson cantar el «Ave María», un marinero comentó:

—¡Dios mío! ¡No me digáis que no es bonito escuchar de nuevo una voz de mujer!

La 45.^a División era una de las dieciocho divisiones de la Guardia Nacional que se habían puesto bajo la tutela del gobierno federal al comienzo de la guerra. Algunos oficiales del Ejército Regular murmuraban en tono burlón que «NG» (National Guard = Guardia Nacional) era la abreviatura de «no good» («no valen para nada»),⁸³ y la mayor parte de los oficiales de alta graduación de la Guardia habían sido purgados por el Departamento de Guerra debido a su edad o por su incompetencia. No obstante, el Pentágono consideraba que la 45.^a División —los llamados Thunderbirds— estaba «mejor preparada que cualquier otra división que haya estado bajo nuestro control hasta la fecha».⁸⁴ Eran hombres del oeste, y uno de los regimientos procedía de las milicias de las minas de Colorado, como los Wolftown Guards y los Queen's Emerald Rifles.⁸⁵ Otros dos regimientos provenían de Oklahoma y entre sus integrantes había casi dos mil indios de cincuenta y dos tribus, cherokees, apaches, kiowas, comanches y navajos. La noche antes de la partida de Virginia, un capitán de artillería organizó una frenética danza guerrera alrededor de una hoguera con todo el consejo de ancianos gritando.⁸⁶

La semana de escala en Orán ya había terminado y los Thunderbirds regresaron a rastras a los barcos, al menos los pocos que lograron salir del barrio chino de la ciudad, llamado el Callejón del Chancro.⁸⁷

—Sé que tengo una partida de combatientes —comentó el oficial que estaba a su mando, el general de división Troy H. Middleton—. Puedo decir que es así por el informe del capitán preboste.⁸⁸

Subieron hasta las planchas; una vez arriba, cada hombre recibió un chaleco salvavidas y una botellita de brandy para el mareo.⁸⁹ Los oficiales de intendencia subieron a bordo dos millones de dólares, que habían sacado del Banco de Orán, para pagar la nómina de la división. De repente, un saco que contenía diez mil monedas de diez centavos reventó y se derramó por la cubierta toda aquella calderilla; un oficial rápido de reflejos tuvo la ocurrencia de dar la orden de firmes a la tropa, mientras los oficiales pagadores se arrodillaban e iban recogiendo las monedas entre los soldados inmovilizados.⁹⁰

Además del dinero y las noventa toneladas de mapas, los estibadores cargaron también doscientas Estrellas de Plata, seis mil Corazones Púrpura, y otras cuatro mil condecoraciones al valor; durante los meses venideros todas aquellas medallas no serían más que una recompensa mezquina al valor que se exigió que mostraran los hombres de la 45.^a División. Cuando los barcos empezaron a zarpar de los muelles de Orán la tarde del 4 de julio, algunos soldados sacaron unos cuantos ladrillos para utilizarlos como piedras de afilar. El general Patton había pasado revista a la división unos días antes y había declarado que sus bayonetas estaban demasiado poco afiladas para el duro trabajo que las aguardaba.⁹¹

A más de quinientos kilómetros a vuelo de pájaro al este de Argel, otras legiones norteamericanas se preparaban para la batalla en las llanuras peladas que rodean el lago de Bizerta, una bahía poco profunda al sur de la segunda ciudad de Tunicia en magnitud.⁹² A primeros de mayo, los alemanes en retirada habían echado a pique una docena de barcos uno encima de otro, formando una especie de torre en la estrechez de la entrada a la bahía; los buzos de la Marina se pasaron semanas trisecando los buques hundidos con la ayuda de sierras y linternas de acetileno; luego dinamitaron el fondo arenoso que había debajo de los cascos para destruir por completo los pecios y reabrir así el canal.

En aquellos momentos el lago de Bizerta mostraba «un bosque denso de mástiles»: numerosos LST y LSI (buques de desembarco, infantería), así como LCT (lanchas de desembarco, tanques), y los otros once tipos de embarcaciones anfibias. Viejos hidroaviones franceses y gabarras herrumbrosas, destruidos durante la campaña de Tunicia, yacían medio sumergidos junto a la orilla, obstaculizando la bocana, de modo que las pesadas lanchas de desembarco habitualmente «chocaban con barcos hundidos, unas con otras, con los escollos, o con los buques anclados», según informa un testigo.⁹³ Una coplilla popular afirmaba que «Algunos tontos como yo hacen versos, / Pero sólo Dios es capaz de pilotar un LST».⁹⁴ A veces, los aparatos de la Luftwaffe lograban cruzar sigilosamente el estrecho de Sicilia antes

del amanecer y hacían una incursión en la zona despertando a los soldados acampados, aunque rara vez ocasionaban graves daños.⁹⁵ Sonaban las alarmas, los generadores de humo expulsaban una espesa nube gris para ocultar los barcos y las baterías de localización enfocaban los aviones con sus haces de luz, mientras cientos de baterías antiaéreas lanzaban chorros de fuego alrededor de la laguna. Los que estaban en cubierta buscaban cobijo debajo de los botes salvavidas, para evitar que les cayeran encima los fragmentos consumidos que parecían granizo de acero.⁹⁶ Otras veces, aviones de propaganda alemanes inundaban las aldeas tunecinas de octavillas: «Ha llegado el día de combatir a los angloamericanos y a los judíos ... Criad a vuestros hijos en el odio contra esa gente».⁹⁷

Allí se habían concentrado tres de las unidades más célebres del ejército: la 1.^a y la 3.^a División de Infantería y, un poco más al sur, cerca de Kairouan, la 82.^a División Aerotransportada. Según un diseño, que se repetiría antes de lo de Normandía, fueron asignadas tropas a las zonas que llevaban nombres clave correspondientes a estados y ciudades: un regimiento podía vivaquear en «Florida», con batallones en Miami, Daytona o Jacksonville, o bien en «Texas», y luego en Houston, Dallas o Fort Worth.⁹⁸

Ninguno de esos campamentos era tan agradable como los lugares cuyos nombres llevaban. En cuanto se hacía de día, aparecían los vendedores árabes ofreciendo limonada, o «vino de negros»,⁹⁹ o un corte de pelo, o vasijas de cerámica «romana». A media mañana el calor era bestial, los vientos del Sahara parecían «una muralla de fuego».¹⁰⁰ y al agua potable, siempre tibia, había que añadirle unas gotas de menta para hacerla bebible.¹⁰¹ Las moscas y los mosquitos infestaban las letrinas improvisadas en zanjas y las tiendas del rancho en las que los cocineros preparaban guisado para decenas de miles de hombres en unos fogones de campaña arrebatados a los alemanes.¹⁰² Los mandos intentaban mantener ocupados a sus hombres con caminatas matutinas o partidos de voleibol sin red.¹⁰³ Unos pescadores de la 19.^a de Ingenieros de Combate echaban paquetes de media libra de TNT al lago de Bizerta y en dos horas recogían suficiente cantidad de peces destripados para dar de comer a casi doscientos hombres.¹⁰⁴ Los oficiales de la 82.^a Aerotransportada compraron diez toros jóve-

nes, un rebaño de ovejas y cuatrocientos litros de cerveza para hacer una barbacoa antes de la invasión.¹⁰⁵

Estaban de un humor de perros y tenían ganas de pelea. Unos tiradores del cuerpo de paracaidistas «habían practicado disparando contra unos árabes de aspecto amenazador», decía en una carta a su hija el coronel James M. Gavin, que mandaba un regimiento de la 82.^a.¹⁰⁶ «[A los árabes] los vuelve locos que les disparen y tuvimos que prohibir que siguieran haciéndolo.» Tiendas vacías y radiotransmisores falsos empezaron a aparecer en Florida, Texas, Virginia y Kentucky, mientras las tropas, compañía tras compañía, eran trasladadas en camiones a los lugares de embarque alrededor de la laguna. Conducidos en manada por sargentos vociferantes, los soldados fueron metidos a paladas en los LST, LSI y LCT, tras ser comprobada la identidad de cada uno en una voluminosa lista de pasajeros; ocho funcionarios asignados a cada convoy se encargaban de hacer veintitrés copias de las listas y —por motivos conocidos sólo por instancias situadas por encima de la humana razón— un convoy medio requería más de seis mil páginas de nombres.¹⁰⁷

La congestión y la confusión seguían estando a la orden del día: los conductores de los camiones giraban por donde no debían; los marineros retiraban parte del cargamento de unos barcos que llevaban exceso de peso para que luego unos soldados volvieran a subirlo nuevamente a bordo;¹⁰⁸ un depósito de municiones se incendió y las llamas saltaron por encima de los cortafuegos, consumiendo dos mil toneladas de munición en una espectacular sucesión de explosiones;¹⁰⁹ las tripulaciones novatas se enredaban con las anclas y entre maldiciones eran arrastradas por el agua mientras intentaban liberarse con cadenas, maromas y garfios.¹¹⁰

Naturalmente no habría giro indebido ni ancla enredada que los detuviera. El impulso de la fuerza bruta —y la ingenuidad y la buena disposición— los había arrastrado hasta allí y había de llevarlos todavía más lejos. Una a una, las embarcaciones fueron adentrándose en la laguna y juntándose hasta formar convoyes organizados por códigos de colores. Los soldados sudorosos se instalaban bajo cubierta o encontraban una parcelita de sombra en el exterior. Mirando al norte del Mediterráneo, hacia alta mar, se guardaban los polvos de sulfami-

das recién comercializados y los vendajes de batalla, mientras se preguntaban exactamente en qué rincón del mundo habrían de necesitar aquellas cosas.

Un poco más lejos hacia el este, desde Bengasi hasta Haifa o Beirut, los británicos hacían también sus preparativos. El VIII Ejército llevaba combatiendo en el Norte de África de varias maneras desde 1940 y en aquellos momentos recordaba, según decía un admirador, «a un enorme campamento de gitanos en movimiento, o a una migración tribal». ¹¹¹ Retazos de árabe coloreaban el vocabulario de los soldados, en particular términos como *maleesh*, «no importa», ¹¹² y *bardin*, «dentro de un ratito». Muchos llevaban un ungüento malva en los brazos y la cara como tratamiento para las úlceras infecciosas del desierto, causadas por la prolongada exposición al polvo y la arena. ¹¹³ También a ellos los afectaba el cansancio de la guerra: no había ungüento que pudiera aliviar tres años de combates. Un soldado confesaba sentir «cierta desintegración del propósito colectivo», estado que expresaban los veteranos borrachos que se paseaban por el campamento de su batallón rugiendo:

—¡Que se jodan esos malditos cabrones, no vamos a luchar más! ¡Joder!¹¹⁴

Pero seguirían luchando, *bardin*. Al norte del golfo de Suez se reunió una gran armada, con regimientos como los Dorset, los Devon y los Hampshire a bordo respectivamente de los antiguos cruceros *Strathnaver*, *Keren* y *Otranto*. Camareros indios vestidos con casaca blanca servían cenas de cuatro platos y los hombres cantaban nostálgicas melodías eduardianas —*Daisy, Daisy, give me your answer, do!*— antes de cambiar sus libras esterlinas por la divisa de la invasión. La flota cruzó el Canal de Suez a primeros de julio, pasando entre pecios hundidos y ante los cines al aire libre de Ismailiya. ¹¹⁵ En Port Said, según recoge la historia de un regimiento, «se ordenó a las tropas hacer un desfile para tomar un baño y todos los soldados fueron trasladados a tierra y marcharon marcando el paso por la ciudad» hasta la playa, que no tardó en quedar cubierta a lo largo de una gran extensión de *tommies* desnudos. ¹¹⁶ Las tropas se reunieron «alrededor de una enorme hoguera en el desierto, ¹¹⁷ y consumieron toda la cer-

veza que pudieron»; luego regresaron desfilando a sus barcos al son de unos gaiteros con faldas escocesas y polainas blancas.¹¹⁸

El 5 de julio, la flota de la invasión se reunió en las rutas mediterráneas frente a la costa de Egipto. Algunos intentos de levantar la moral de las tropas lo único que consiguieron fue aburrirlas, por ejemplo, la incesante interpretación de *The Boogie Woogie Bugle Boy of Company B* por los altavoces del barco que transportaba el 2.º de Inniskilling. Los curas presidieron unas oraciones en la víspera de la batalla, solicitando una «intercesión especial ... por la reconquista de Europa». ¹¹⁹ Los señaleros, vestidos con pantalones cortos color caqui, hacían indicaciones con sus banderas a los barcos que zarpaban de los muelles de Trípoli y Alejandría. ¹²⁰ Los sargentos intimidaban con sus bravatas a los hombres para que se tomaran sus pastillas contra la malaria, lo que indujo a un soldado del 1.º Regimiento Real de Tanques a concluir que «como reses bien gordas reunidas a las puertas del matadero, era muy importante que si moríamos, lo hiciéramos estando perfectamente sanos». ¹²¹

Muchos lamentaban irse de África, donde habían podido «dormir bajo el manto de enormes estrellas». El VIII Ejército había encontrado allí tanta gloria como quizá pueda encontrarse en una guerra moderna. Allí también dejarían miles de camaradas en tumbas africanas. «No obstante, íbamos con el corazón ligero», añadía el soldado del regimiento de tanques, «pues en algún momento, al término de todo aquello podríamos volver a casa».

El *Monrovia* soltó amarras poco después de las diez de la mañana del martes 6 de julio, levó el ancla de estribor y con ayuda de dos remolcadores se deslizó desde el Bassin des Vieux hasta la línea de doce brazas, fuera del puerto de Argel. ¹²² Para disgusto de Kent Hewitt, cuando el francés que hacía de práctico del puerto pasó junto al *Monrovia* de regreso a tierra, gritó:

—¡Que tengáis buen viaje a Sicilia! ¹²³

Los oficiales de contraespionaje ordenaron la detención del práctico y su tripulación y los mantuvieron incomunicados hasta que dio comienzo el desembarco.

A pesar de las complejas precauciones de seguridad tomadas, Hewitt continuaba sin estar seguro de que siguieran guardados los secretos de la Operación Husky. Los mapas sellados de Sicilia y demás documentación clasificada habían sido entregados a toda la flota por correos armados, para que permanecieran guardados con llave y candado hasta que zarparan. Hasta el último minuto no fueron enviados a sus respectivas unidades del ejército los intérpretes de italiano. Pero se habían producido filtraciones; en los muelles se hablaba con vaguedad del asunto, mientras que en algunos barcos se había llevado a cabo prematuramente la distribución de ejemplares de la «Guía de Sicilia para soldados», que contenía una gran figura de la isla en la portada. Se había dado incluso el caso de que en El Cairo un oficial británico había enviado a la tintorería su uniforme de gabardina y se había olvidado en el bolsillo un cuadernito que contenía los planes de batalla de la Operación Husky; unos agentes de seguridad registraron la tintorería y descubrieron que las páginas incriminatorias habían sido arrancadas y utilizadas como papel de desecho para apuntar la cuenta de los clientes.¹²⁴

Mientras Hewitt daba paseos arriba y abajo por el puente de mando del *Monrovia* escuchando el alboroto de ochocientos hombres que hacían un simulacro de orden de «abandonen el barco», tenía mil detalles más en los que pensar además de si los alemanes estaban o no al corriente de su llegada. Entre otras embarcaciones, la flota estaba formada por veinte LST que transportaban casi cincuenta mil litros de agua cada uno. ¿Sería suficiente? Habían sido enviados al Norte de África diecisiete barcos hospital, de los cuales cinco navegaban ya hacia Sicilia. ¿Serían suficientes?¹²⁵ Se habían inspeccionado en busca de minas seiscientas millas de costa africana y las proximidades de la isla de Malta. ¿Estaría la zona completamente limpia? ¿Y qué decir de los submarinos enemigos? Hewitt había perdido varios barcos y ciento cuarenta hombres a manos de los U-booten tras los desembarcos en Marruecos en el mes de noviembre pasado, y su recuerdo todavía le hacía daño.

En cuanto a los ochenta mil soldados que tenía bajo su custodia, Hewitt sólo podía hallar consuelo en su máxima favorita: haz cuanto puedas y podrás esperar lo mejor. Los desacuerdos con el ejército, que

habían comenzado un año antes durante los preparativos de la Operación Antorcha, habían continuado durante la planificación de Husky. Algunas controversias eran mezquinas: los oficiales de intendencia del Ejército y de la Marina habían contribuido a la subida de los precios en los comercios de Argel pujando unos contra otros,¹²⁶ y el ejército insistía en calificar al *Monrovia* de buque cuartel general, cuando hasta el más tonto sabía que era un *buque insignia*.¹²⁷ Hewitt se había quedado de piedra unos días atrás al encontrar a la puerta de la sala de operaciones del *Monrovia* a unos centinelas dispuestos por orden de Patton, que cortaban el paso al propio personal del almirante; *semejante* indignidad había sido corregida de inmediato. Más inquietante había sido la negativa de Patton durante varios meses a trasladar su cuartel general de Mostaganem, casi a trescientos kilómetros de Argel;¹²⁸ semejante distancia había dificultado aún más la planificación conjunta de las operaciones.

No obstante, Hewitt y Patton habían encontrado un terreno común e incluso habían llegado a profesarse mutuo afecto. El formalismo evidente durante la Operación Antorcha, cuando ambos se trataban de «Almirante» y «General» respectivamente, había dado paso a un tratamiento más íntimo, «Kent» y «Georgie». Patton era lo bastante ecuménico como para ponerse de vez en cuando de parte de la Marina, como había ocurrido en una reciente disputa en la que los expertos en planificación del ejército —en contra de los consejos de Hewitt— habían propuesto trasladar las tropas hasta las playas de Sicilia en botes de goma.

—¡Siéntense! —había gritado finalmente Patton a sus oficiales—. La Marina es responsable de trasladarlos a ustedes a tierra y puede hacerlo en cualquier cosa que quiera, ¡maldita sea!¹²⁹

Para celebrar sus últimas horas en tierra, el lunes por la noche Hewitt había invitado a Patton y a varios otros generales a cenar en el alojamiento del almirante, una villa requisada a un vinatero danés.¹³⁰ Tras varias horas bebiendo amigablemente juntos, Hewitt acompañó a los generales hasta los coches oficiales que debían trasladarlos a sus respectivos navíos; más sobrio que la mayoría de ellos, al salir Patton se quedó mirando los frescos un tanto subidos de tono que adornaban las paredes de la casa, con figuras de mujeres semidesnudas, y murmuró:

—¡Gracias a Dios que vivo en un campamento!

A las cinco de la tarde, el *Monrovia* hizo la señal de levar anclas y se dirigió hacia el canal previamente rastreado en busca de minas, rodeado de buques de guerra y lanchas de desembarco de todo tipo. El pánico se apoderó repentinamente de la flota cuando los radares mostraron un aparente enjambre de aviones enemigos; los localizadores demostraron que eran los globos de barrera que los propios barcos habían lanzado colgados de cuerdas para disuadir a los bombarderos y a los cazas. Los semáforos emitían mensajes en morse y el convoy empezó a zigzaguar a diez nudos por hora, tal como se había acordado previamente, según el plan de navegación n.º 35.¹³¹

La silueta blanca de Argel quedó atrás. Hewitt escrutaba las montañas africanas que se veían a estribor. El óxido de hierro del cono de desmoronamiento se volvía de un rojo sangre a la puesta del sol, que se hundía en un mar de color morado. Había hecho cuanto había podido y ahora sólo le quedaba esperar lo mejor.

Detrás del puente, en el espacioso camarote del capitán del *Monrovia*, George Patton tenía la sensación de que las hélices del barco mordían el mar a medida que aumentaba la velocidad. La Marina había intentado que se sintiera como un huésped bienvenido, saludándolo con incesantes toques de silbato cuando subió a bordo y asignándole dos mozos como asistentes personales. El camarote, realmente suntuoso según los parámetros de guerra, medía 5,5 x 4,5 metros, y estaba provisto de escritorio, litera, mesa y ducha. No obstante, Patton abrigaba en su fuero interno serias reservas acerca de aquel sector hermano de las fuerzas armadas —«La Marina es nuestro punto débil»,¹³² decía en su diario— y de Kent Hewitt: «Muy amable y con su habitual confusión mental».¹³³

El general estaba listo para la batalla y realmente vestía el cargo, inmaculado con sus calzones de estambre basto y su camisa a medida, y las famosas pistolas enfundadas al alcance de la mano. Había adelgazado durante los últimos meses corriendo y nadando, y había mejorado su disposición para el combate reduciendo la bebida y el tabaco. Durante seis semanas había estado al mando de las fuerzas norteamericanas en

Tunicia, a raíz de la catástrofe del Desfiladero de Kasserine y la destitución del comandante del II Cuerpo; desde que había asumido los preparativos de la Operación Husky a mediados de abril, había meditado sobre la desigual actuación de las tropas norteamericanas y sus oficiales. En un memorando enviado en el mes de junio a sus superiores, Patton ofrecía veintisiete adagios tácticos, fruto de las experiencias de la campaña de África y de treinta y seis años vistiendo el uniforme.¹³⁴ El número 7 decía: «Disparar siempre bajo»; el número 13: «En la guerra de montaña, tomar las alturas y trabajar de arriba abajo»; el número 22: «En caso de duda, atacar»; y su máxima personal, la número 18: «No dejarse uno aconsejar nunca por sus temores».

Sin embargo, él era en esos momentos presa de los temores: al fracaso, o a acobardarse ante el fuego. El niño enfermizo de California se había convertido en un muchacho vergonzoso y sensible, y luego en un «hombre tímido por naturaleza», había anotado el 26 de junio uno de sus amigos más antiguos tras ver a Patton en Mostaganem. Su ampulosidad compensaba sus dudas internas y le proporcionaba la máscara que, a su juicio, debía llevar un alto oficial seguro de sí mismo. «No me gusta el silbido de las balas ni más ni menos de lo que me ha gustado nunca», escribía el 1 de julio, «pero me atrae exactamente igual». ¹³⁵ En 1928, su oficial superior había llegado a la conclusión de que Patton «resultaría valiosísimo en tiempos de guerra, pero un elemento molesto en tiempos de paz». ¹³⁶ Ahora había llegado su momento. Él mismo había predicho en su juventud: «Un día haré que todos me conozcan». También ese día había llegado. ¹³⁷

Durante las últimas semanas había viajado de campamento en campamento, predicando la violencia y la trascendencia del deber.

—La batalla es la competición más grandiosa que un ser humano puede permitirse. Hace salir lo mejor que hay en uno. Elimina todo lo que hay de vil —dijo a la 45.^a División.

Y ante sus oficiales añadió:

—Guardad una sagrada lealtad a vuestros hombres y a vuestro país, y seréis la cosa más vil que existe si falláis a esa lealtad. ¹³⁸

En un gran anfiteatro al aire libre en Argel, subió al escenario entre fanfarrias de bienvenida, con la guerrera resplandeciente de condecoraciones.